El viejo de la guitarra

Francisco Espinosa

Image not found.

Capítulo 1

EL VIEJO DE LA GUITARRA

Ahí estábamos, junto a mi hermano en la fila para comprar empanadas, de manera casi religiosa, el día anterior al día de la celebración de la independencia de Chile debíamos comprar empanadas, algo típico chileno. Y, como era de esperarse, toda la gente estaba en las mismas, en la misma fila infernal de horas para poder comprar algo que podemos comer todo el año. Pero no, ahí estaban todos los santiaguinos, a la misma hora y en el mismo lugar.

Después de un cuarto de hora y de haber avanzado bastante poco en la fila, comenzamos a escuchar a lo lejos la melodía de una canción típica chilena. En ese momento, era solo parte del ruido ambiente, al igual que la vieja que gritaba vendiendo paltas o como el cabro del frente de la vieja que vendía películas piratas. Aun así, había algo diferente en ese ruido, pero con mi hermano seguimos hablando sin darle mayor relevancia.

El sol pegaba todavía más fuerte al avanzar los minutos, la impaciencia ya sea hacia presente en todos los compradores, hasta que de pronto la fila comenzó a avanzar de forma algo más fluida. Al mismo tiempo que avanzábamos, "eso", que antes eras parte del sonido ambiente, se trasformó en agradables melodías que amenizaban nuestra estadía y la fúnebre caminada a nuestro objetivo.

En una banca, un señor mayor, con su guitarra de palo, voz dulce y cara llena de emociones e historias, entonaba las más clásicas canciones que puede escuchar un chileno. Su repertorio era bastante amplio y pasaba de una canción a otra sin descanso. Ya con mi hermano solamente estábamos ahí, sin hablar, pero estábamos conectados con el viejo de la guitarra. Que de a poco nos fue enredando, enredandó, como el musgo en la piedra en su suave pero intensa voz. Me hizo sentir de vuelta a los 17, me recordó que cambia todo cambia y hay gente que volvió a casa de vuelta con su compañera.

Sin darnos cuenta, la mística había aparecido en el público, las caras de espera se trasformaron en tibios y tímidos cantos o tarareos. El señor delante de nosotros junto con su hijo, le relataba una bella historia en torno a la canción de turno. La pareja de atrás de nosotros, que había comenzado a discutir por lo tarde que ya era, comenzaron a recordarse en los acordes y vibras de las cuerdas de esa maltraída pero confiable guitarra.

De pronto, y sin previo aviso, llegamos a la ventanilla de las empanadas. Pedimos la cantidad correspondiente, pagamos y nos devolvimos por donde vinimos. Al pasar por ahí, por donde estaba el viejo, las cuerdas de

la guitarra, ya un poco agotadas, sonaban melancólicas pero llenas de sinceridad. Deje caer la monedas del vuelto de la compra, y el señor, con una mirada cálida me agradeció con un leve gesto bajando su cabeza. Y a la medida que nos alejábamos, volvimos a nuestra realidad y emprendimos rumbo al almuerzo con nuestras empanadas, pero además, con nuestras almas equilibradas con simples notas y melodías del viejo de la guitarra.